

eva salvador hernández*

el racismo en mi vida

San Andrés Solaga es el nombre del pueblo que me vio nacer, un pueblo pequeño y en aquel entonces sin agua potable, energía eléctrica y otras cosas que la cultura dominante entiende por "civilización". Aunque no contaban con esos "adelantos", los habitantes vivían felices, unidos, colaborando unos con otros en el trabajo del campo y en la construcción de las casas; apoyándose en las penas y en las alegrías con trabajo, con aportaciones materiales o económicas. A tal ayuda mutua le damos el nombre de "gozona".

Estuve con mi gente muy poco tiempo, pero a pesar de esto y aunque era pequeña, recuerdo que durante esa época no sufrí humillaciones por el color de mi piel, por mi lengua o por la situación económica de mi familia. Recuerdo que podía transitar libremente por todo el pueblo o ir al campo a recoger frutas, quelites, leña, sin temer algún peligro y confiadamente. Toda la gente que encontraba me saludaba, me llamaba por mi nombre, preguntaba por mis padres, hacía alguna broma o recomendación. Después, cuando ya no estuve entre los míos, advertí que los niños no pueden hacer estas cosas dentro de las poblaciones "civilizadas".

En los juegos con los demás niños recuerdo que todos éramos iguales, ya que hablábamos la misma lengua, vestíamos el mismo tipo de ropa y todos teníamos los mismos juguetes; no porque gozáramos de una solvencia económica sino porque nosotros mismos fabricábamos nuestros juguetes con la cañuela de la milpa, con piñas del ocote, con cáscara de naranja y otras muchas cosas.

* Licenciada en Integración Social. Etnia Zapoteca, Oaxaca, México.

Fue muy corto el tiempo que radiqué en mi tierra natal, ya que por la precaria situación económica de la familia tuvimos que emigrar a la población de Ixtlán de Juárez; un pueblo castellanizado o mestizado. En ese lugar estudié la escuela primaria y fue allí donde empecé a sentir el racismo que existe en México como herencia de la colonización y consecuencia de la política de aculturación que sufren los pueblos indígenas; ya que los pueblos más aculturados desprecian a los menos aculturados, considerándolos inferiores por no hablar el castellano y por conservar sus costumbres indígenas.

Al llegar a Ixtlán yo no hablaba el castellano, y por eso en la escuela me gritaban "chauira", "avejonera", "rinconera", "india cuatrera" o "india del monte". Además de estos sobrenombres, sufría empujones, jalones de trenzas, pellizcos, rayones en mi cuaderno y otras cosas que mis compañeros me hacían por ser indígena. Como no dominaba el castellano, no podía quejarme con el maestro y cuando lo hacía, por no poder exponer mi problema, los causantes se defendían echándome la culpa a mí y en vez de hacerme justicia, salía ganando regaños.

Cuando mi padre se encontraba con nosotros —ya que debido a su trabajo salía fuera— le contaba lo que me hacían y le pedía que regresáramos al pueblo. Él siempre nos decía a mis hermanos y a mí que un día íbamos a regresar, pero que primero aprendiéramos el castellano, que nos preparáramos, para que entonces pudiéramos enseñar a nuestros paisanos el castellano y ellos supieran como defenderse. Recuerdo que por la situación económica de la familia, mi madre siguió ayudando a mi padre en el trabajo para que todos los hijos pudiéramos estudiar.

En el tiempo que tengo viviendo dentro de la llamada "civilización", me he percatado de que todas las familias indígenas que viven en estos pueblos o ciudades sufren humillaciones a causa del racismo, aunque internacionalmente se presume que en México no existe el racismo. Esto lo dicen los políticos por pura demagogia, ya que desde la Colonia los indígenas hemos venido sufriendo la explotación, el arrebato de las tierras que como antiguos dueños nos pertenecen, porque fueron propiedad de nuestros antepasados. También hemos venido sufriendo la imposición de una cultura extraña y se nos ha negado el derecho de realizarnos como individuos de una cultura propia y más antigua que la que se está imponiendo.

Al llegar a la ciudad de Oaxaca observé que el racismo se hace presente en diferentes aspectos de la vida del indígena. La discriminación no sólo se manifiesta con insultos como "naco", "yope", "indio", "hombre del monte", "salvaje". También hay formas muy sutiles de discriminar al indio; puede ser por su lengua, por sus características físicas, sus costumbres etcétera. Por

ejemplo, el concepto de belleza es el del colonizador y al indio se le considera feo. Con respecto a esto me he dado cuenta que en el mercado, para convencer a las personas de que compren algo, se les llama "guerita", porque la piel y el cabello claros son bellos dentro de la sociedad nacional. Al ingresar a la secundaria, sufrí mucho este tipo de discriminación, ya que debido a mis rasgos físicos indígenas, no era aceptada o me trataban de manera diferente. También me he dado cuenta que para rebajar a alguien que comete errores se le compara con el indígena, porque se tiene el prejuicio de que éste es torpe y tonto. Lo mismo sucede con el modo de vestir, con la preferencia que los indígenas tienen por los colores fuertes (rojo, verde, anaranjado), y que la gente "refinada" considera de mal gusto.

Al terminar la secundaria tuve que empezar a trabajar, porque la situación económica de la familia hacía imposible que siguiera estudiando. Si había podido hacerlo hasta ese momento era a base de los sacrificios de mis padres y de toda la familia; estábamos mal alimentados y mal vestidos, a pesar de que mi madre, como siempre, trabajaba para que sus hijos pudieran estudiar.

En 1969 ingresé al Instituto Nacional Indigenista como promotora Cultural Bilingüe. Así fue como logré regresar a mi región, y entonces dar me cuenta de que la política de aculturación que se ha llevado a cabo desde la Colonia sobre las comunidades indígenas ha dado como resultado que, dentro de éstas, exista también el racismo y que prevalezca la idea de que los pueblos que han adquirido la cultura "occidental" son más adelantados que los que conservan sus costumbres indígenas. Observé que a consecuencia de esta imposición de una cultura, que según se dice nos hará iguales a todos los mexicanos, las comunidades indígenas se van desintegrando. Se están perdiendo las costumbres de ayuda mutua, el trato de los seres humanos como hermanos, el respeto al débil; porque con la aculturación viene unido el individualismo del sistema capitalista. De esta forma, tampoco la política del gobierno toma en cuenta al indígena. Por ejemplo, está el caso de las resoluciones para la restitución de tierras, que se hacen detrás de los escritorios, sin consultar al indígena; con lo que se provoca así constantes luchas en los pueblos. También por racismo a los indígenas se nos a tildado de flojos y apáticos. Yo pregunto, ¿pueden ser flojos estos pueblos, cuyas familias empiezan a trabajar desde las cinco de la mañana hasta las seis de la tarde, en donde todos los integrantes de la familia trabajan, desde el más pequeño hasta el más grande? Los niños, cuidando a sus hermanos pequeños, acarreado agua, espantando los animales del sembradío, juntando forraje y las mujeres preparando la comida, lavando, juntando leña, o en el campo con el esposo.

Así es que los indígenas no somos flojos y sí somos pobres.

porque desde la llegada de los españoles hemos sido explotados, robados y engañados. Siempre se nos ha negado la oportunidad de demostrar que tenemos la misma inteligencia que el blanco y de elegir nosotros mismos lo que queremos. Entonces se dice que somos apáticos al cambio; pero si los indígenas somos así, es porque eso nos han enseñado los "civilizados". Somos apáticos a lo que nos proponen, porque nunca hemos visto el resultado del trabajo y de las luchas que realizamos a través de la historia. Desde la Independencia hasta la Revolución de 1910 sólo hemos sido usados como "carne de cañón" en los discursos políticos para conseguir una diputación u otro cargo parecido; pero todo ha quedado en pura palabrería y nada de hechos.

Durante mi estancia en la región de Villa Alta como promotora, pude constatar cómo, debido a la introducción de las mercancías modernas, se han destruido las artesanías. Se engaña al indígena diciéndole que al adquirir las costumbres de vestir occidentales, mejorará su economía porque ahorrará en la cantidad de tela que usa y en la cantidad de jabón que emplea para lavarla. Pero esto no es cierto, porque no dicen que el tiempo de duración de esta ropa (o de las cobijas) es mucho menor que el de las prendas que el indígena confecciona con sus telares.

Al estar trabajando como promotora cultural bilingüe, pude seguir estudiando en el Instituto de Mejoramiento Profesional del Magisterio y llegar a terminar la carrera de Maestra de Educación Primaria en 1971. Después de trabajar en mi región durante siete años, se me presentó la oportunidad de ingresar al Instituto de Investigación de Integración Social del Estado de Oaxaca, como estudiante del nivel de Licenciatura en Integración Social. Durante el tiempo que llevo en esta institución, he observado que aún las instituciones que se han creado para uso de los indígenas o para resolver sus problemas (y que para eso cuentan con un subsidio muy fuerte), siguen una política paternalista, ya que actúan como si se le hiciera un favor al indígena; el de enseñarle lo "mejor" ¿Lo mejor para quién?

En las oficinas públicas se hace esperar al indígena indefinidamente; si hay tiempo se le atiende y si no, se le dice "regrese mañana". Los empleados que están para atendernos se impacientan porque no podemos exponer rápidamente nuestro problema y nos califican de tontos y torpes, en lugar de comprender que somos hablantes de otra lengua que no es la de ellos. Los indígenas somos objeto de burla y risa por nuestro comportamiento, y cuando nos tutean, lo hacen por desprecio, no por confianza. Dentro de estas instituciones existen personas que piensan que los indígenas no tenemos idea de lo que es una organización democrática, que esto es solamente conocimiento de la cultura "occidental". Yo creo que las personas que piensan de esta manera no han

leído la historia de los Pueblos Mesoamericanos antes de la llegada de los españoles, o que no han visto cómo se elige la autoridad en las comunidades indígenas. Ahí sí que hay democracia.

Pero también he conocido personas que me han enseñado a comprender por qué los indígenas hemos sido orillados a avergonzarnos de nuestra cultura, hasta llegar a aceptar que somos inferiores. Fue el colonizador quien construyó esta mentira, para justificar su actuación.

Los indígenas tenemos una cultura que nuestros antepasados nos legaron. Cuando llegaron los conquistadores, aquellos tenían grandes conocimientos en todos los aspectos; escritura, numeración, calendario, medicina, arquitectura, tecnología y otros conocimientos que han enriquecido a la cultura "occidental". ¿De dónde surgió el cultivo del maíz, planta que se adapta a todos los climas desde los más fríos hasta los más cálidos? ¿Quiénes poseían calendarios más exactos, los colonizadores o los indígenas? ¿Acaso no fue con la llegada de los españoles que empezaron los males del indígena? Todos los conocimientos y buenas costumbres de nuestras culturas se truncaron con la llegada de los conquistadores y, a cambio, empezó la discriminación racial de la cultura indígena, la negación de nuestros derechos como seres humanos. Todo esto hemos venido sufriendo desde hace cuatrocientos cincuenta años.

Ahora que yo he comprendido estas cosas, quisiera que todos los indígenas supieran esto y que conocieran la verdadera historia de nuestra cultura. Quisiera que se nos diera la oportunidad de ser nosotros los que elijamos lo que nos conviene de la cultura "occidental" para reorganizar las nuestras. Quisiera que todas las personas "civilizadas" aprendieran a respetar nuestra cultura, que comprendieran que no existen culturas superiores o inferiores, sólo existen culturas diferentes. Quisiera que el gobierno no nos impusiera el tener que copiar el modelo de vida de la cultura dominante, que nos dejaran desarrollar nuestra propia cultura. Quisiera también que se respetaran nuestros territorios, o los pedazos que nos quedan después de todo lo que nos han quitado; porque somos los indígenas los dueños de estas tierras desde Alaska hasta la Tierra de Fuego. Y no sólo de la tierra si no que también somos dueños de la riqueza natural del suelo y subsuelo, ya que fueron nuestros antepasados los primeros en establecerse en ellas. Si ahora son los blancos quienes los disfrutan, se debe a que nos lo han arrebatado y arrojado de ellos violentamente. Y quisiera agregar finalmente que no continúen destruyendo nuestra cultura e identidad, y que comprendan que el origen o historia verdadera de los pueblos latinoamericanos está en la historia indígena.